

Padres, Basilio de Cesarea, al que todos (católicos, ortodoxos, anglicanos, etc.) nos atenemos con veneración. Por eso, contiene más de lo que materialmente ofrece, y dice más de lo que el A. expresa. Es una obra intencionada, aunque sin intención polémica: se mueve en la suave dirección de un diálogo teológico con otros, sin mencionarlo; ofrece una rigurosa investigación con la que hay que contar.

El A., Profesor en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, ha querido elaborar «una sistematización escalonada y progresiva del pensamiento basiliano, con el fin de alcanzar lo que podíamos llamar el iter lógico y procesual de su teología sobre el Espíritu Santo hasta conseguir dejar en claro el verdadero objetivo del Capadocio: demostrar que la tercera Persona de la Trinidad merece la misma gloria que el Padre y el Hijo; posee, por tanto, la misma naturaleza y es, en definitiva, Dios como las otras dos Personas». Y realiza este proyecto a lo largo de cinco capítulos bien delimitados, en los que estudia la «condición ontológica» del Espíritu Santo, la comunión con el Padre y el Hijo (con un valioso estudio terminológico), los nombres y atributos que Basilio atribuye y medita como correspondientes al Espíritu Santo así como sus operaciones, la coglorificación y la codignidad que conducen directamente al tema de la consustancialidad, para concluir —después de interesantes reflexiones sobre los términos y conceptos más frecuentes en el lenguaje basiliano— en la cuestión de la procedencia del Espíritu Santo.

El A. sigue muy de cerca los textos de Basilio por medio de análisis sucesivos, como ya hemos indicado, de los conceptos centrales de su pensamiento pneumatológico. Es un buen procedimiento exegético que permite desmenuzar la doctrina del Capadocio manteniendo la unidad de su concepción, y articulándola de manera sistemática. De este modo —y a partir de obras diferentes— reconstruye su pensamiento global sin extrapolaciones y pérdidas de contexto.

En el estilo literario del A. se echa de ver el primer destino que tuvo esta investigación, es decir, su carácter de tesis doctoral. Por lo demás, la obra merece estar situada, y ya lo está, entre los mejores estudios sobre Basilio.

ANTONIO ARANDA-LOMEÑA

José OROZ RETA, Manuel A. MARCOS CASQUERO, Manuel C. DÍAZ Y DÍAZ (eds.), *Isidoro de Sevilla. Etimologías*, texto latino, versión española, notas e introducción general, Madrid, La Editorial Católica (BAC, 433-434), 1982, 2 vols., pp. 853 y 614, 13 x 20.

La BAC, siguiendo su benemérita ejecutoria de presentar los textos de los Santos Padres a los lectores de habla hispana, nos ofrece las *Etimologías* del Hispalense en una excelente edición bilingüe, compuesta de dos volúmenes.

La BAC ya se había ocupado con anterioridad, en 1951, de editar esta obra isidoriana presentando una simple versión al castellano con una

introducción general del Prof. Santiago Montero Díaz. Pero el paso del tiempo y, sobre todo, los avances propiciados por los estudiosos de San Isidoro aconsejaban la publicación de una nueva versión, como la que nos ocupa, añadiendo además el texto latino para facilitar una mayor precisión en la lectura del lector especializado.

Como es sabido el Hispalense compuso esta vasta enciclopedia de todos los saberes de la antigüedad mediante un mecanismo etimológico, «buscando en la forma y en la historia de las palabras una doble llave: la de la denominación en sí misma y, a través de ella, la del objeto o ser que la recibe» (p. 163).

De la importancia que ha tenido esta obra en toda la cultura occidental no es un mal índice considerar la difusión que tuvo desde mediados del siglo VII hasta la aparición de la imprenta. Anspach nos ha legado un repertorio de manuscritos conservados de las *Etimologías*, que comprende más de mil referencias, y es preciso añadir que este repertorio no es completo, puesto que han aparecido nuevos fragmentos, como han demostrado Bischoff, Herren y Baloria Bértolo. Ejemplares de las *Etimologías* aparecen pronto —a mediados del siglo VII— en Toledo y Zaragoza y, algo más tarde, en Galicia y León. Más allá de los Pirineos la difusión fue considerable en el reino franco, en Irlanda y en las Islas Británicas, como ha puesto de relieve B. Bischoff. Hacia el año 800 esta obra se encuentra en todos los centros culturales de Europa, aunque con distintas versiones y recensiones.

Con el advenimiento de la imprenta se abren nuevas perspectivas de difusión para la enciclopedia isidoriana. La primera edición impresa fue hecha por G. Zainer el 19 de noviembre de 1472 en Augsburgo. Aparecen luego otras en Estrasburgo (1473) y Colonia (1478). Una edición conjunta de las *Etimologías* y de las *Sentencias* se realiza en Basilea (1477), y se repite en Venecia en los años 1483, 1485 y 1493. Solas se vuelven a imprimir las *Etimologías* en Venecia (1485), Basilea (1489) y París (1499 y 1500).

Margarin de la Bigne en 1580 publica en París por vez primera las *opera omnia* de Isidoro. Más tarde, en 1599, se presenta en Madrid otra edición similar debida a Juan de Grial. Casi al mismo tiempo Jacobo de Breuil publica en 1601 una nueva edición, que reimprimió en Colonia en 1617.

En el siglo XVIII hay algunos intentos de hacer una reedición de toda la obra isidoriana, pero no cristalizan hasta que se encarga de ella Faustino de Arévalo, por indicación del Cardenal Lorenzana en 1794, que la lleva a buen puerto en Roma, publicándose en esta ciudad entre 1797 y 1803.

En 1850 la edición de Arévalo fue reproducida íntegramente con abundantes erratas, en la *Patrología latina* del abate J.-P. Migne (vols. 81-83). Casi contemporáneamente a la anterior reimpresión se publica en Leipzig, entre 1831 y 1840 en la casa Teubner, una nueva edición de las *Etimologías* debida a F. W. Otto, que no tuvo mucha acogida entre los estudiosos.

En 1909 R. Beer publica un facsímil de las *Etimologías* reproduciendo un códice toledano de dicha obra, con una introducción detallada que

contribuiría poderosamente a un mejor conocimiento crítico de la enciclopedia isidoriana. En 1911 el profesor oxoniense W. M. Lindsay saca a la luz una edición en dos volúmenes, que es ya una edición crítica, aunque no se la pueda calificar de definitiva.

La Academia de Ciencias de Viena encargó al profesor A. E. Anspach la preparación de una edición crítica para el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, pero distintos acontecimientos hicieron que Anspach no pudiese coronar su obra.

En 1960, con motivo de la Reunión Internacional de Estudios Isidorianos celebrada en León, se tomó el acuerdo de iniciar los trabajos preparatorios de una edición de las *Etimologías*, sobre la base de una colaboración internacional, que ya ha comenzado a dar sus frutos.

La presente edición consta de una extensa introducción general debida a la pluma del profesor Díaz y Díaz, en la que aborda una *mise à jour* de las circunstancias que rodearon la persona y la producción literaria de San Isidoro, haciendo hincapié, como es lógico, en las *Etimologías*; dándonos una cumplida información sobre el estado y valoración de los manuscritos y de las ediciones de esta singular obra enciclopédica. Termina la introducción con unas notas de actualidad sobre el *revival* de estudios isidorianos, que se ha desarrollado a lo largo de estos últimos años.

Sigue a continuación el texto de las *Etimologías*, en presentación bilingüe, dedicándose la página izquierda al texto latino y la derecha a la traducción castellana, con notas a pie de página. La traducción y las notas son obra de los profesores Oroz Reta y Marcos Casquero. En el primer volumen se reproducen los libros I a X de las *Etimologías*, y en el segundo los libros XI a XX. Termina el segundo volumen con nueve índices muy documentados: de carácter general, nombres, geográfico, botánico, de piedras y metales, palabras griegas, de autores antiguos citados en el texto y de autores antiguos citados en las notas.

La presente edición ofrece unas evidentes mejoras con respecto a la de Wallace M. Lindsay, aunque sea el texto de esta edición oxoniense el que siguen básicamente nuestros editores. Observamos que se han mejorado —uniformado— algunas grafías variadas que había utilizado en el texto el mismo Lindsay, aunque esas variantes no aparezcan en el aparato crítico. Así por ejemplo, se ha corregido *Sara*, en lugar de *Sarra* (9, 2, 6 y 9, 2, 57), como aparecía en 7, 9, 10, de acuerdo con el vocablo hebreo de ese nombre. Otras variantes, que anotamos por más significativas, son las de *ex atomis* (8, 6, 20), en vez de *atomis* de Lindsay; *ducunt* (19, 16, 2) frente a *ducent* del oxoniense. Dígase otro tanto de *commate* (2, 18, 1), en lugar de *comma*, pues se trata de un ablativo. En otras ocasiones los editores han corregido el texto de Lindsay de acuerdo con grafías más usuales, como en el caso del *calculus* (4, 7, 32), frente a *cauculus*; *haemorrhoidae* (4, 7, 39), y no *emorroidae*; *pignora* (10, 260), en vez de *pignera*, etc.

También se han subsanado las erratas de imprenta que presenta la edición oxoniense, a pesar de sus reimpressiones de 1957, 1962 y 1966. Igualmente es preciso consignar los cambios de puntuación introducidos por los editores en algunos casos; de ellos el que nos parece más signi-

ficativo es la sustitución de los dos puntos, que suele utilizar Lindsay, por el punto y coma.

Por lo que respecta a la traducción en sí misma, tanto el P. Oroz Reta como Marcos Casquero han tratado de ser fieles al original latino, y han realizado un gran esfuerzo para conservar en el castellano los juegos etimológicos, tan del gusto del Hispalense.

Por lo que se refiere a las notas, ha prevalecido el criterio de señalar las fuentes más seguras que utilizara el santo Obispo de Sevilla en la redacción de su obra. También se observa, con alguna frecuencia, el recurso comparativo con la lectura que ofrece la edición de Arévalo, para clarificar un determinado pasaje.

En resumen, cabe afirmar que nos encontramos ante una buena edición de la más célebre obra isidoriana. La introducción de M. C. Díaz y Díaz puede considerarse como muy lograda en su conjunto, así como el trabajo de traducción y notas de Oroz Reta y Marcos Casquero.

Nos ha llamado favorablemente la atención la considerable erudición del profesor Díaz y Díaz que aflora especialmente en los capítulos II y III de la introducción, en los que se nos muestra como un excelente conocedor de la persona y la obra del Hispalense. Únicamente hemos echado de menos una mayor dedicación a los aspectos teológicos de la producción literaria isidoriana, y, más en concreto, de las *Etimologías*, puesto que se trata de unas importantes claves interpretativas del pensamiento de San Isidoro.

DOMINGO RAMOS-LISSON

Josemaría REVUELTA-SOMALO, *Los jerónimos. I. La fundación (1373-1414)*, Guadalajara, Institución Provincial de Cultura «Marqués de Santillana», 1982, 317 pp., 13 x 20.

Si quisiéramos resumir el contenido del libro que nos ocupa, y, más concretamente, el significado de la orden jerónima, cuyos inicios estudia, podríamos decir que los jerónimos —aparte otros numerosos aspectos que se tratan en esta obra— constituyeron una fuerza «destinada a proyectar hacia la santidad un gran número de almas». Efectivamente, la historia de esta orden constituyó uno de los momentos de mayor vitalidad, en España, desde fines del siglo XVI al XVIII, por su aportación a la espiritualidad, la cultura e incluso a la economía del país (mediante el cuidadoso mantenimiento de tierras y ganados que con gran generosidad eran cedidos a los monasterios de la orden).

La obra de Revuelta-Somalo —tras una presentación de Antonio Herrera Casado, directivo de la Institución «Marqués de Santillana», y un prólogo de Luis Suárez Fernández, catedrático de Historia medieval en la Universidad Autónoma de Madrid— nos presenta de modo documentado y narrativo la historia de los jerónimos españoles desde su temprana transformación de eremitorios dispersos en monasterios bien constituidos y poblados. Pone de manifiesto el influjo, recibido en los primeros años, anteriores a